



ITINERARIOS POR EL CASCO VIEJO

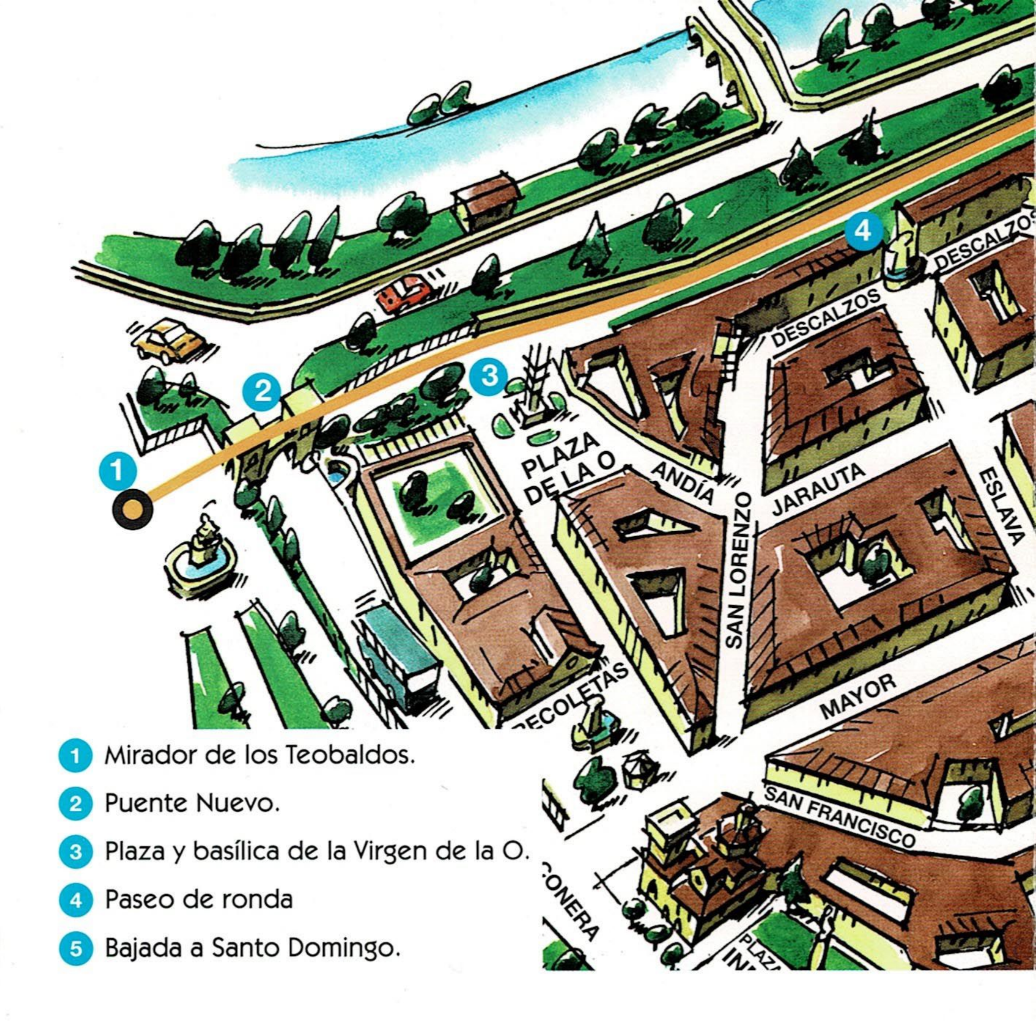
El **segundo recorrido**, complemento del anterior, nos va a llevar desde la Taconera y las arquerías que frente a Vistabella dan a los fosos hasta la plaza del Castillo. En esta ocasión va a ser el camino de ronda que recorre el lienzo septentrional de la muralla el que protagonice buena parte del paseo; éste va a discurrir también por el puente nuevo, la plaza de la O, la trasera del Museo de Navarra, calle Santo Domingo, plaza de Santiago con el mercado de abastos, plaza del Ayuntamiento, y finalmente Calceteros y Chapitela hasta alcanzar la plaza del Castillo.

Aunque en los campos de la actual **Taconera** se documentan labores de limpieza y acondicionamiento desde el siglo XVI, da la impresión de que la voluntad de convertirlo en parque de disfrute público data de la segunda mitad del siglo XVII. Ya entonces el municipio decidió instalar quince grandes bancos de madera, así como plantar nuevos árboles y reparar diversos elementos anteriores. En todo caso, fue en el siglo XIX cuando adquirió el aspecto cuidado y ajardinado que aún conserva. El parque de la Taconera contrapone sus espacios abiertos y arbolados al denso entramado urbano de las calles del Casco Viejo. No es de extrañar que desde siempre haya sido lugar de juegos, ocio natural y bosque imaginario de los niños pamploneses.

Nuestro paseo va a comenzar en esta ocasión en la **arquería** (**1**) dedicada por la ciudad a los Teobaldos en 1933, con motivo del séptimo centenario de la llegada al trono navarro de la dinastía champañesa. Esta arquería reproduce los diseños de unas tracerías góticas encontradas

La Taconera y Pío Baroja. Como veremos más adelante (itinerario **6**) la infancia de Pío Baroja transcurrió en el entorno urbano de la calle Nueva. Lógicamente, pasaría muchas horas de travesuras y ensoñaciones vinculadas al parque. “Me hubiera gustado -escribe- parecerme a Robinson Crusoe y cuando tenía esta aspiración, iba muchas veces, al anochecer, al paseo de la Taconera, me subía al árbol del Cuco y fumaba en pipa, lo que me mareaba, y soñaba en una isla desierta, sueño que igualmente me mareaba”.

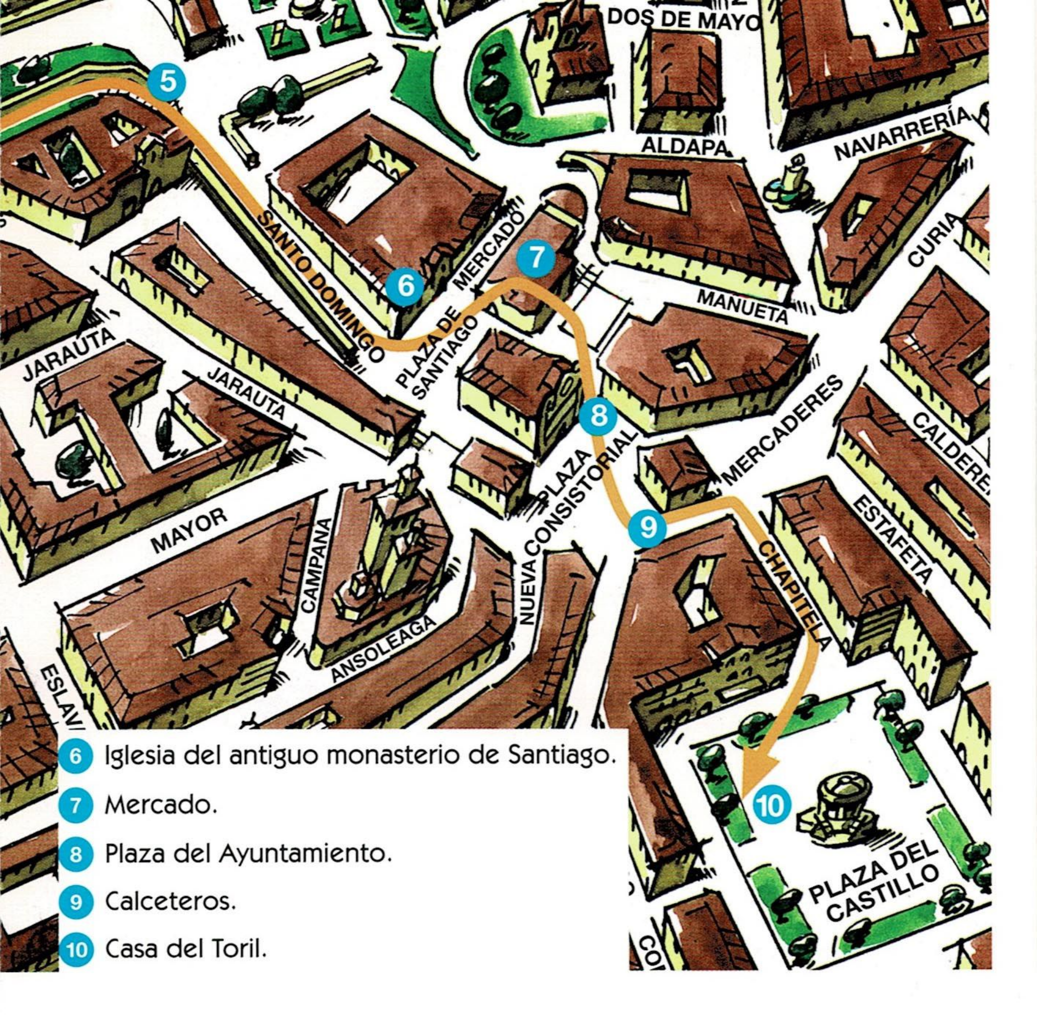

BAROJA, P. *Desde la última vuelta del camino. Memorias. Familia, infancia y juventud*. Madrid, 1944, pp. 141-142.



en los años treinta en Marcilla, y pertenecientes a un monasterio cisterciense medieval desaparecido. Desde este pintoresco emplazamiento se obtiene una amplia panorámica de los fosos de los baluartes occidentales y los patos, gansos y ciervos que afortunadamente hoy "invaden" sus medias lunas y fortines.

Si encaminamos nuestros pasos hacia el Puente Nuevo, a la derecha, junto al actual café Vienés, pasa casi desapercibido una bello conjunto escultórico conocido popularmente como "**la Mariblanca**". Esta estatua, viajera por antonomasia, fue concebida como remate de la fuente de la plaza del Castillo, pasando en 1913 a la plaza de San Francisco y en 1927 a su actual emplazamiento. La riqueza naturalística de este amplio espacio verde, que adquiere continuidad hacia la ciudadela y la Vuelta del Castillo, puede protagonizar perfectamente varios itinerarios y paseos que nos llevarían ya hacia San Juan o Iturrama.

La Mariblanca fue diseñada por Juan de Paret en 1788 como remate de una gran fuente para la plaza del Castillo. Su representación de la abundancia casaba perfectamente con la sustancial mejora en el suministro que para la ciudad supuso la inauguración de la traída de aguas desde Subiza. Por las fotos conservadas, esta fue la más monumental de las fuentes diseñadas por Paret para el Ayuntamiento (ver Itinerario 5).

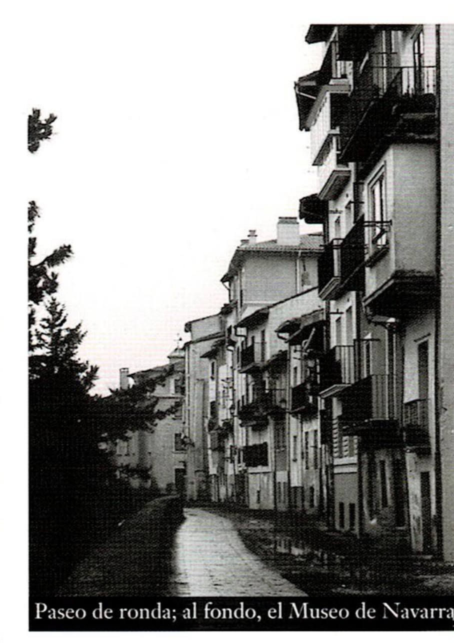


6 Iglesia del antiguo monasterio de Santiago.
7 Mercado.
8 Plaza del Ayuntamiento.
9 Calceteros.
10 Casa del Toril.

Desde el **Puente Nuevo** (**2**) se obtiene una completa panorámica de San Cristóbal y la mitad septentrional de la Cuenca. Este recio arco, de amplitud determinada por el tráfico rodado que desde el norte alcanzaba la ciudad, fue construido en los años 50 por Víctor Eusa, conservando el sabor y la propia continuidad de la muralla. Junto a los escudos de Pamplona y de las Cinco Llagas, muestra un blasón imperial de Carlos I que primitivamente decoraba la puerta de la Rochapea.

A través de sus torres angulares, de sabor neomedieval, se observa también el enorme espacio urbano que ocupan las parcelas de los monasterios de las Recoletas a la derecha y Descalzos a la izquierda. Entre ellos se encuentra la **plaza de la Virgen de la O** (**3**), cuyo aspecto descuidado y moderna urbanización no ayudan demasiado a destacar su protagonismo y personalidad (ver Itinerario 6). Siguiendo el escarpe de la muralla iniciamos de nuevo el recorrido del **paseo de ronda** (**4**), que nos va a llevar hasta las traseras del Museo de Navarra y la cuesta de Santo Domingo. Este paseo, tranquilo y solitario, vuelve a mostrarnos una amplia vista del Arga, Errotazar y la Rocha, San Cristóbal y toda la vertiente norte de la Cuenca. Desde esta parte de Pamplona, los árboles de las riberas del río, el zócalo gris de la muralla y, final-

mente, la sucesión ininterrumpida de casas decoradas con vivos colores conforman una de las perspectivas más bellas y pintorescas del Casco Viejo.


Paseo de ronda; al fondo, el Museo de Navarra

Grandes bloques de viviendas y amplias avenidas ilustran claramente la profunda renovación urbana que en los últimos años ha transformado radicalmente la fisonomía de la Rochapea. Esta nueva realidad se solapa sobre un pasado artesanal y agrícola todavía perceptible en el entorno del río y sus antiguos molinos y casales. De hecho, a la izquierda, bajo la muralla y ya junto al río, se observan todavía restos de los edificios en los que se realizaba el curtido de pieles, y al otro lado, el antiguo matadero municipal y su plazuela. Un poco más a la derecha, junto al puente de la Rochapea, una amplia explanada, hoy frondosamente arbolada, acogió todavía en los primeros decenios del siglo XX el lavadero de la Rocha. Siguiendo el río hacia la derecha se observan también los restos del molino de Alzugaray y finalmente los puentes de San Pedro y el monasterio viejo.

Ya se ha comentado en el Itinerario 1 la importancia que todavía durante la primera mitad del siglo XX tenía el río para el discurrir de la vida cotidiana del Casco Viejo. El río movía molinos, surtía el mercado de barbos y madrillas, protagonizaba el ocio veraniego y solucionaba a la mayor parte de la población el problema, en todo caso

El lavadero de la Rocha: en el marco de un Casco Viejo sin agua corriente, el de la Rocha era el lavadero más importante y concurrido. Ciertamente, entre los muchos oficios desaparecidos, éste nos parece hoy uno de los más duros. Ya fuera invierno o verano, las lavanderas recogían la ropa sucia los lunes y la devolvían al final de la semana limpia y planchada. Los clientes que podían pagar su servicio controlaban las prendas entregadas mediante dobles recibos que se cotejaban una vez terminaba el servicio. Además del lavadero de la Rocha, también existían los del Molino de Caparroso, junto a las pasarelas, y el de San Pedro, cerca de Capuchinos.

no muy acuciante, de la higiene personal. Desde mediados del siglo XIX el ayuntamiento acotó los lugares más favorables para el baño, sentando el precedente de lo que ya en los primeros años del siglo XX serían los baños públicos del Mochorro, cerca del molino de Alzugaray, o los Alemanes, entre la Magdalena y San Pedro.

Baños del Mochorro: casi treinta años antes de la fundación del Club Natación o el Larraina, los baños fueron la alternativa lúdica al deporte de la natación en Pamplona. Los del Mochorro contaban con la infraestructura indispensable para el buen discurrir de la actividad en el marco de la puritana sociedad del momento. Dice Arazuri que los hombres en calzones y las mujeres en bata quedaban separados mediante una valla de madera de unos dos metros de altura en la playa y una cortina de sacos sobre el agua. Para evitar en lo posible tentaciones de los usuarios más atrevidos o diestros en las artes natatorias, un letrero anunciaba: "*Se prohibe bucear cerca de la cortina*".

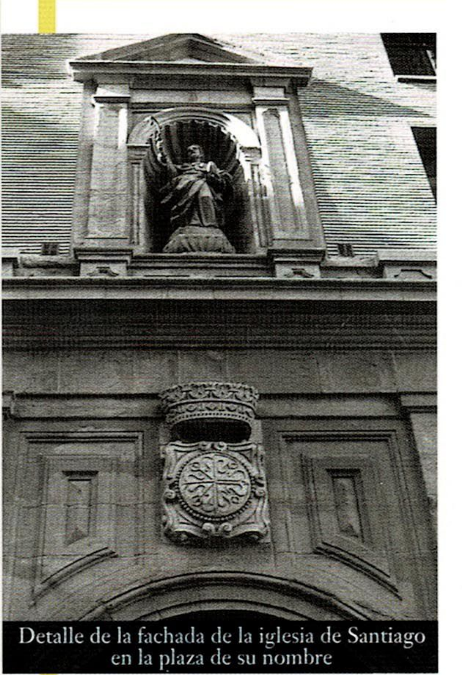


ARAZURI, J. J., *Pamplona. Calles y Barrios*. Vol. II. Pamplona, 1979, pp. 56-57.

El inicio de una acentuada pendiente (**5**) nos anuncia el final del paseo de ronda y la proximidad de la cuesta de Santo Domingo. La panorámica es desde aquí pintoresca, con el Palacio Real o de Capitanía enfrente rematando el escarpe de la Navarrería, las arquerías del patio del Museo de Navarra a la derecha y restos de garitas y defensas a la izquierda. Una vez sobre la cuesta de Santo Domingo, volvemos de nuevo a la realidad de la ciudad ruidosa y viva que va a caracterizar la segunda mitad de nuestro itinerario.

Santo Domingo y Chapitela recorren el amplio declive que desde la plaza del Castillo desemboca en el Arga. Conocido hasta el siglo XVI como "el barranco", fue durante buena parte de la Edad Media zona no urbanizada y foso de separación entre el Burgo de San Cernin y la Ciudad de la Navarrería. El Privilegio de la Unión (1423) y la construcción del Ayuntamiento medieval (primero Jurería, después Regimiento y finalmente Casa Consistorial) fueron decisivos para el inicio de la urbanización de esta zona, que consecuentemente es una de las más "modernas" del Casco Viejo. La construcción durante el siglo XVI del Hospital, hoy Museo de Navarra, y del convento dominico de Santiago va a terminar por definir el entramado viario tal y como hoy lo conocemos.

La plaza de Santiago o del Mercado es uno de los espacios más frecuentados y vivos del Casco Viejo. De hecho, el Mercado integra junto al Ayuntamiento el centro de buena parte del día a día de la ciudad. Ambos edificios cierran, junto al antiguo convento de Santiago y la calle de Santo Domingo, el espacio cuadrangular de la plaza. La fachada de la **iglesia del convento dominico** (**6**) aparece en la actualidad perfectamente alineada con el frente homogéneo de viviendas que sigue la calle del Mercado; entre ellas destacan la tradicional *Casa Marceliano* y el antiguo Seminario de San Juan (ver itinerario **1**).


Detalle de la fachada de la iglesia de Santiago en la plaza de su nombre

Iglesia de Santiago (6). Esta iglesia, construida durante la primera mitad del siglo XVI, queda enmascarada totalmente por construcciones posteriores. Incluso su portada, recrecida modernamente, pasa un tanto desapercibida. Tras descender la prolongada escalinata interior que la comunica con la plaza del mercado, sorprende la monumentalidad de su espacio interno, con 55 metros de longitud, 27 de anchura y 31 de altura, superando así la elevación de las naves de la Catedral o San Cernin. Además de en horario de culto, se puede visitar aprovechando alguno de los numerosos conciertos que allí se programan. Para su claustro, ver el itinerario anterior.

La fisonomía actual del Ayuntamiento y el **Mercado** (**7**) son el resultado de varias intervenciones documentadas desde los últimos años del siglo XIX. Todo este proceso se inició tras el incendio que en 1875 destruyó completamente el mercado antiguo. Dos años después se derribó el almudí o almacén de granos que desde el siglo XVIII ocupaba aproximadamente el espacio cuadrado de la plaza. Su presencia en un lugar tan céntrico nos remite al pasado agrario ya perdido de la ciudad. Hasta hace pocos años se conservó el "*muro de los segadores*" que desde el propio Ayuntamiento, cerraba la plaza por el lado de la calle de Santo Domingo. Todavía hoy se pueden observar restos de su arranque en la parte inferior de la fachada trasera de la Casa Consistorial. Como era tradicional en



Mercado de Santo Domingo

Texto: Carlos Martínez. Diseño: Birilo

Mercado: tras su inauguración a fines del siglo XIX, la pluma barroca y vehemente del periodista catalán Mañé y Flaquer aconsejaba "*a cuantos visiten a Pamplona que no dejen de ver este hermoso mercado, y que lo vean por la mañana a la hora de la venta, pues tanto o más que la disposición del edificio y su escrupuloso aseo, admirarán el buen orden que allí reina: ni un grito, ni una disputa, ni un altercado que llegue a llamar la atención. (...) ¡Qué contraste el de ese orden y compostura con los gritos, las disputas, los insultos y groserías de otros mercados de España, cuyas placeras son capaces de escandalizar con su descocado lenguaje los oídos poco castos de un cabo de gastadores!*. Aunque en todos los sitios "cuecen habas", desde aquí suscribimos para visitantes y vecinos el consejo del "impresionable" visitante.

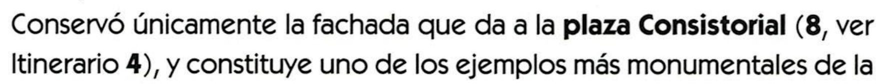


ARAZURI, J.J., Pamplona. Calles y Barrios. Vol. III. Pamplona, 1979, pp. 181-182.

muchas plazas de pueblos y ciudades de la Europa meridional, los peones esperaban en este lugar, adosado al propio almudí, que los patrones contrataran sus servicios.

La construcción del Mercado, nuevo entonces y viejo ahora, fue en su momento una obra de primer orden que todavía hoy, gracias al reciente reacondicionamiento, muestra unas buenas dimensiones y una iluminación cenital clara y diáfana. El nuevo edificio, organizado en dos pisos en torno a un amplio patio central, quedó inaugurado el 23 de mayo de 1877. La remodelación de 1986 cubrió el patio con una estructura traslúcida, diseñó nuevos puestos de venta y mejoró considerablemente la higiene general y los propios revestimientos interiores y exteriores. La realidad actual del interior muestra un espacio siempre agradable, que humaniza, en esta época de plásticos y prisas, época de plásticos y prisas, el tiempo que invertimos en la compra diaria.

En 1952 se produjo el derribo del edifico barroco que albergaba el Ayuntamiento, reconstruyéndose completamente.



Conservó únicamente la fachada que da a la **plaza Consistorial** (**8**, ver Itinerario **4**), y constituye uno de los ejemplos más monumentales de la

La calleja de Pintamonas: los primeros portales impares de Calceteros comunican sus patios con la plaza del Castillo mediante la belena que va a dar al café Iruña. Los vecinos del Casco Viejo adoptaron la citada denominación en referencia a Esteban Baigorrotegui, apodado, sobre todo por los chiquillos del primer tercio del siglo XX, Pintamonas. Se ganaba la vida repartiendo agua a domicilio, por lo que era muy popular en toda la ciudad. Su mal genio, humor unas veces bobalicón, otras atinado e ingenioso, y su buen ser hacían el resto. Nos dice Arazuri que de las abundantes cenas que se servían en el Casino Principal de la Plaza del Castillo, "todos los días le sacaban a la belena una gran fuente repleta de sobras de la noche anterior (...) En cierta ocasión le preguntaron: -*Oye, Esteban, tú, por comer, comerías hasta mierda. A lo que contestó rápidamente: Sí, pero de abeja*".



ARAZURI, J. J., *Pamplona estrena siglo*. Pamplona, 1970, pp. 37-40.

arquitectura barroca navarra. Si ascendemos el leve desnivel de la plaza nos encontramos a la izquierda con la **calle de Calceteros** (**9**). Esta brevísima calle supone la continuación natural de Pozoblanco y Zapatería. Junto a ellas forma uno de los entornos comerciales más tradicionales del Casco Viejo, con comercios textiles documentados desde el siglo XVIII. Aunque ya entonces era conocida también como "calle chiquita", en 1914 redujo su longitud a la mitad tras el derribo de la casa que se levantaba en el centro de la vecina calle de Mercaderes.

Sobre el cosmopolitismo y la elegancia: apunta García Merino que la calle Chapitela "*debió ser en el siglo XVIII una de las más elegantes y cosmopolitas de Pamplona, con sus tiendas de telas, platerías, relojerías, sombreros, guantes, paraguas y sombrillas. Daban carácter a la calle los numerosos comerciantes extranjeros, franceses, italianos, alemanes, que traían a la vieja ciudad las modas de sus países*".

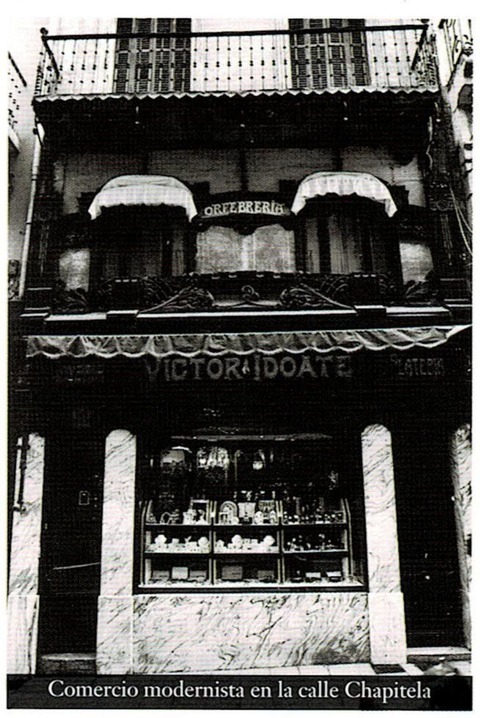
GARCÍA MERINO, P., "La calle de la Chapitela", Pregón, 87 (1966).

Curiosamente, la mayoría de estos usos comerciales se han conservado en la actualidad. Sin embargo, da la impresión de que el citado cosmopolitismo y refinamiento transformó por completo el carácter y fisonomía de la calle. Si analizamos los usos comerciales documentados en el siglo XVI, las diferencias son sorprendentes. Además del almudí viejo, en la parte baja de la calle se citan puestos dedicados a la pescamercería, la venta de aceite de oliva o aceite de ballena y anguilas. Más arriba, carnicerías y triperías, con un almacén de sal en la mitad superior de la calle. Las vueltas que da la vida.



Tras doblar la esquina hacia la derecha, nos encontramos con la **Chapitela**, cuyas dimensiones y edificios, caracterizan una de las calles más señoriales del Casco Viejo. Esta amplia vía que asciende a la plaza del Castillo conserva varias casas características de la arquitectura del siglo XVIII. Muestran fachada de ladrillo, con primer piso de dos balcones individuales y blasón central, y amplia balconada corrida en el segundo. Los ejemplos mejor conservados se encuentran en los números 12, 20 y 22.

En el lado contrario también destaca el comercio del número 17, que muestra un bello ejemplo de decoración modernista. Combina mármol blanco, madera pintada y vidrios de colores, organizándose la fachada en dos pisos a partir de elementos vegetales movidos y ondulantes. Como se observará en otros itinerarios, son varios los inmuebles del Casco Viejo que conservan articulaciones decorativas de principios de siglo y clara inspiración en el Art Nouveau.



Comercio modernista en la calle Chapitela

Por fin llegamos a la **plaza del Castillo**, final de nuestro recorrido y límite meridional del Casco Viejo. El amplio cuadrilátero parcialmente porticado de la plaza define uno de los espacios más populares y

Arturo Campión (1854-1937): este polifacético intelectual pamplonés nació en el número 11 de la calle Chapitela. Su abuelo, Juan Campión, originario del Norte de Italia se afincó en la Chapitela en la segunda década del XIX. A mediados de siglo poseía la casa señorial del número 12, en cuyos bajos queda documentado un almacén de paraguas vinculado también a la familia. Su hijo, Jacinto, aparece ya firmemente vinculado a la vida cultural de la ciudad, aunque su notoriedad histórica viene más por ser padre de Arturo. Este miembro de la tercera generación de la familia fue una de las figuras más relevantes de la cultura y la política navarra del último tercio del siglo XIX y el primero del XX. Incansable defensor de los fueros y las peculiaridades de Euskal Herria, escribió indistintamente en euskera y castellano, destacando su interés por la historia y la etnografía de su tierra. La familia Campión y, sobre todo, la obra de don Arturo muestran un ejemplo de integración y enriquecimiento mutuo, que parte de la heterogeneidad vecinal tan característica de la historia del Casco Viejo.

populosos de la ciudad. Su compleja evolución urbana es también una de las mejor conocidas, a través de numerosas referencias históricas y literarias y de los propios testimonios fotográficos conservados. Hasta la desaparición de las murallas, a principios del siglo XX, la plaza del Castillo fue el mayor espacio público que se abría intramuros. Aunque en la Edad Media estuvo ocupado por el castillo de la Navarrería y el convento de los Dominicos, ambos edificios desaparecieron en los primeros años del siglo XVI, para construir una nueva fortaleza, que se desmontó para construir la actual ciudadela. A partir del siglo XVII comienza la urbanización de las viviendas y palacios de la plaza, ligada hasta 1844 a la celebración de las corridas de toros. A partir de mediado el siglo XIX comienza la historia contemporánea de la plaza, con sus cafés, desfiles, manifestaciones y bailes que todavía hoy justifican su relieve urbano. La demolición del teatro Gayarre y su fachada junto al Palacio de Navarra entre 1931-1932 y su posterior traslado a su actual emplazamiento supuso la iniciación del segundo ensanche y la avenida de Carlos III.

Antigua Casa del Toril (10): si debiéramos elegir el edificio que mejor resume la historia de la plaza este sería indudablemente la Casa del Toril. Sita en el número 37, su remozada fachada caracteriza el edificio más antiguo de todo el perímetro actual, ya que fue construido durante el siglo XVII. Hasta 1844 fue la casa de toriles, vinculada por tanto al tradicional uso taurino del espacio. Entonces se estableció en ella el primer café de la plaza, conocido como "Café Suizo". Este popular negocio se mantuvo abierto al público hasta 1952. Dos años después, siguiendo también el signo de los tiempos, se inauguró en sus locales la sede de una entidad bancaria.



OLLAQUINDIA, R. *Pamplona. La casa del Toril*, Pamplona, 1985.



Antigua Casa del Toril en la plaza del Castillo